

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID

	Ptas.	Cts.
Un mes.....	1	50
Un trimestre.....	2	50
Un semestre.....	5	50
Un año.....	10	50

PROVINCIAS

Tres meses.....	3	50
Six.....	5	50
Un año.....	10	50
Extranjero y Ultramar.	5 pesos	

CORRESPONSALES

35 números de El Mo	
TIN.....	2 50
Idem del SUPLEMENTO.	75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACION

SAN BERNARDO, 94, PRIMERO DERECHA

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripción: En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fé, carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.

Habana: D. José Pozo, Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

GALERIA DE PRESBITEROS

(PERFILES Á LA PLUMA)

XI

Convertido el bonete en leopoldina y en guerrero uniforme la sotana, sobre una yegua torda ó alazana difícilmente al cura se adivina.

Pronto con lo marcial se contamina, y es su conducta franca y campechana; dice una misa al mes ó á la semana, y casi se le olvida la doctrina.

Aunque tiene de cura algun resabio, su porte airoso y bélico le abona y es un buen vividor, si no es un sabio.

Con un poco de pelo en la corona y otro poco de pelo sobre el labio, cualquiera lo tomara por persona.

XII

Habla de libertad y de progreso, y es soldado—con fe falsa ó sincera—de esa tropa que lleva por bandera: error, superstición y retroceso.

Si todo cura me parece avieso y su hipócrita farsa me exaspera, el que la libertad así adultera me resulta el más malo: lo confieso.

Ser cura y liberal, ¡qué desatino! es querer que el armiño viva en cieno, que el mal y el bien confundan su destino.

Es como echar veneno en vino bueno, que en tósigo también convierte el vino sin que él pueda dejar de ser veneno.

JUAN DEL PUEBLO

Madrid.

UNA MASCARADA

Por oficios del *parroquidermo* (a) Lolita, fueron dos frailes de la legua á Betanzos.

Vestían los comediantes holgada túnica parduzca, ceñida por ancho cinturón de cuero rodeado de clavos dorados; capa con capucha; aplastado bonete de cuatro picos con tres aletas en la parte superior; gorda suela con pedazos de material á los extremos, constituía su calzado, aunque se titulaban *descalzos*; de sus groseros morrillos pendía un Cristo que descansaba en el ombligo, el cual (el Cristo), besaban las mujeres con fervor; llevaban sobre la tetilla izquierda un corazón blanco ribeteado de negro, y complementaba tan abigarrado atavío, un fuerte garrote terminado en bola. Uno de los tales tendría como 50 años y el otro 35.

Levantaron en la plaza una especie de patíbulo parecido á los que construían sus colegas los inquisidores cuando se entretenían en tostar españoles, con un crucifijo á la izquierda y á la derecha una virgen con muchos alamares.

Libres de la capa los *polichinelas*, aparecían ante el estúpido público, vomitando gran porción de tonterías é indecencias, sobre todo cuando trataban del sexto, que lo hacían al natural,

dando pruebas de sus grandes conocimientos en la materia; pasando despues á la parte práctica. En medio de suspiros y rebuznos se arrodillaban, soltando unas presillas que dejaban su costillar al descubierto; echaban mano á unas disciplinas, las levantaban, y á los dos ó tres golpes los *curianas*, convenientemente ensayados, impedían que se zurrasén. A pesar de esto, los imbéciles lanzando gritos de terror, exclamaban: ¡basta! ¡basta!

Otras veces sacaban el Cristo y se tiraban al suelo sin fijarse en el lodo—acaso por atracción—colocando la imagen del Redentor boca abajo sobre las losas, y adornando sus desnudos cuellos con una cuerda de esparto, todo lo cual resultaba de un efecto cómico de primer orden. Duraron éstas y parecidas mogigangas once días á diferentes horas, amen de salir por las noches aullando por las calles, fingiendo disciplinarse y entonando el *perdon, Dios mio!*

Los primeros días doblaron fúnebremente las campanas, en señal de que todos los habitantes estaban en pecado mortal; el penúltimo, ciñóse el titiritero de más edad una corona de espinas, atóse al cuello una soga, y en medio de gritos y aspavientos de clonw, representóse la comedia *El perdon mutuo*.

Lolita, emocionado como una damisela, se confundió en estrecho abrazo con el hipócrita *clericante* Benitiño, deponiendo antiguo odio nacido de ciertos *rozamientos* con la patrulla de *azota-calles*, llamadas vulgarmente Hijas de María. El *zoncho* Hipólito, rojo como una amapola al coñac, haciendo de tripas corazón, porque es muy soberbio, dirigió la mirada al cielo, levantó las patas delanteras y abrazó á sus compañeros de pocilga.

El vulgo, entre el cual figuraba en primer término un respetable bandido de levita que presta al 45 por 100 y es capaz de quedarse con la capa de Dios, dijo á los más próximos que los perdonaba. ¿Qué? ¿Acaso el que no se habían dejado desollar del todo?

La misión terminó; todos los hipócritas, todos los pillos y todos los ignorantes quedaron satisfechos; las aficionadas al *bacalao de perro* suspiraron placeres pasados; los rufianes místicos *timaron* á la población unos ocho mil reales vendiendo libros, medallas, rosarios y otras zarandajas; la guardia municipal se hartó de dar palos á los aldeanos, como si fueran bestias del todo; y el católico alcalde, comerciante en tarazonas, confesó, comulgó y prohibió que tocara la música el domingo, por no quitar gente á los saltimbanquis del cerquillo.

Todo esto es propio de los personajes que en la farsa intervinieron. Lo que verdaderamente causa indignación, es que la Guardia civil, en lugar de prender y atar á aquellos dos vidores y llevarlos á la cárcel por vagos, los escoltara en sus estafadoras correrías y amenazase también á las masas ignorantes con las hojas de sus sables, siendo su misión la de perseguir y prender á toda la gente de mal vivir, holgazana y maleante, que se apodera de lo ajeno con engaños y truhanerías.

Porque ¿dónde está la diferencia entre el *enterrador* que saca dinero á un imbécil á cambio de un tesoro fingido, y el fraile que hace lo

mismo con varios, ofreciéndoles la vida eterna entre una cabriola y un disciplinazo, entre un berrido y una mirada al cielo?

AL FIN, CURA

Trémulo por el gozo y casi casi derramando lágrimas de ternura, lei hace pocas noches esto en *La Correspondencia de España*:

«El presbítero D. Jaime Arnau, despues de haber atendido á los justos mandatos de la autoridad eclesiástica, y de haber practicado ejercicios espirituales con los reverendos padres del corazón de María, ha dirigido al señor gobernador eclesiástico de esta diócesis una carta en que protesta y se retracta de lo dicho en dos cartas que hace algun tiempo dirigió al periódico *El Motin*.»

No caí de rodillas al llegar aquí por no ensuciarme los pantalones y estar malos los tiempos para hacerse á menudo ropa nueva; mas levanté los ojos al cielo, lo cual sale mucho más barato, y exclamé: ¡Cura al fin!

Y para que se vea con cuánta razón lo dije, referiré mis relaciones con ese presbítero, pecador antes, hoy arrepentido, y siempre mamaracho.

Me dijeron que en el núm. 1 de la calle de San Roque había un cura enclenque, sucio y en estado de irse á Archena por la posta, que había establecido en su cuarto un casto serrallito de jóvenes que explotaba. Comprobé el hecho y lo publiqué en *El Motin*.

A los cuatro ó cinco días recibí una carta muy atenta del tal, en que me pedía un ejemplar del número en que había salido aquella caricia, para enterarse de lo que le había dicho, y procurar la enmienda, si era cierto; se lo envié con atenta carta y al día siguiente se presentó en la redacción.

Para pintar como iba, bastará decir que al marcharse mandé fumigar la sala con ácido fénico y gasté una pastilla de jabon en limpiarme la mano que por educación y por estar en mi casa me digné alargarle. No he visto en mi vida tipo más asqueroso. El licenciado Cebra de Quevedo resultaría un dandy á su lado.

Me explicó á su manera lo del serrallo, y yo, débil siempre ante la desgracia, ofrecí dejarle en paz, y se despidió, confiándose, para que lo examinara, un cuaderno titulado *El Censor*, primer número de un periódico que iba á fundar, y en el cual ponía como nuevo al obispo de la Habana.

A los pocos días me envió la primera carta quejándose del obispo de Madrid, Sr. Izquierdo, y se la publiqué; y poco despues copia de las que le había enviado, que inserté también; documentos ambos, como recordarán nuestros lectores, llenos de hidrofobia canónica y de ira evangélica.

Aparte de un día que vino á recoger el cuaderno que me había dejado, no volví á verle el pelo ni la mugre al tal Arnau, si bien supe que se había mudado con las mozas que le buscaban la gandinga á la calle de Arriaza, cerca del paseo de San Vicente.

Siete ú ocho días antes de aparecer la noticia de su conversion en *La Correspondencia*, vino á esta redacción una desertora del Refugio de la

Santa Cruz (este es el nombre que ha puesto á aquella trampa para cazar incautas), y me dijo que no quedaban más que seis de las veintiuna que habian llegado á reunirse, previo el pago de 25 duros por hembra en concepto de cartilla ó matrícula.

Y supe que las hacia levantarse á las cuatro de la mañana, les largaba una misa en una alcoba ó cosa así, y despues las obligaba á rezar, disciplinarse, coser, pedir limosna de casa en casa, corriendo el mozo con la administracion del dinero agenciado por tales infelices; añadiendo otros detalles que no se relacionan con la moral, pero sí con las malas costumbres.

Las prófugas reclamaron al salir su cuota de entrada, por creer que con el producto de su trabajo habian pagado más que suficientemente su manutencion, mas tuvieron que quitarse pronto del medio, porque sino, entre él y la *generala* de su orden, una andaluza de rompe y rasga, las hubieran hecho desistir de su temeraria empresa causándoles algun desperfecto en sus cuerpos pecadores.

Algo dijo tambien de si una de las ciudadanas aquellas tenia 4.000 reales en el Monte al entrar en la casa timo-religiosa; que lo olió Arnau, y á pretexto de colocárselos en el Banco de España, donde le producirían más réditos, se los hizo sacar, y la pobrecilla está con el alma en un hilo, por creer que han servido para pagar deudas, entre ellas una al librero Sr. Aguado; mas como de esto no traia pruebas, me limité á aconsejarle piadosamente que la interesada acudiera á los tribunales.

Ahora dedica las niñas á despachar de casa en casa papeletas de la rifa de un cuadro que nadie ha visto, y lleva ya colocadas más de dos mil, que, á peseta, importan *ocho mil* y pico de reales, que en paz descansen para los primos que los han dado.

¿Y eran estas las obras de caridad que el obispo Martínez Izquierdo no le dejaba ejercer, segun me decia limpiándose las legañas y el líquido aglutinante que trabajosamente se desprendia de sus ribeteados ojillos? ¡Valiente caridad, valiente presbítero, y valientes autoridades civiles y eclesiásticas están las que no evitan hazañas de esa clase!

Ahora comprenderán mis lectores lo que al principio dije acerca del contento que me ha producido la retractacion de ese tal; pues era verdaderamente una lástima que un cura así estuviera en cierto modo alejado de la Iglesia, Santa madre que cobija bajo su manto á tanto farsante, tanto embaucador y tanto *peine*.

ODA CLERICAL-AMSTRONG

Cada vez que venia á mis manos un romance de los que venden los ciegos, en que lo católico y lo bufo alternan, (si no es todo uno), y en que la fé se manifiesta en público del brazo de la necesidad, me preguntaba admirado: ¿de quién será esto?

La publicacion de la oda *Al simpático y famoso diestro D. Luis Mazzantini*, ha venido á sacarme de dudas,—pues ya sospecho quién debe ser el autor de todas esas heregias: el presbítero-poetastro D. José Santa Lucía y Amaya.

Sí; no puede ser otro que él, pues nadie como él reúne tanto desparpajo en el barbarizar, ni tiene tanta disposicion para reunir majaderias.

¡Qué oda la suya! Estrada en Madrid, y Pascual Torres en Málaga, la rechazarian indignados, y, si no temiera incurrir en el pecado de exageracion, diria que hasta el propio Cánovas del Castillo se creeria rebajado apadrinándola.

Habiéndola comentado y parafraseado la mayor parte de mis colegas, me guardaré bien de intentarlo, pues seria en mí pretension censurable, dada la gracia conque lo han hecho. Por lo tanto, me limitaré á dar unos consejos á ese presbítero-taurómaco, por amor á la humanidad, aun cuando nó me los agradezca.

«Dedíquese V. á todo lo que quiera, Sr. Santa Lucía, aun á aquello que sea ménos compatible con su oficio, hacer obras de caridad inclusive; pero, ¡por la mitra que V. merece!, déjese de escribir en verso, si no quiere cargar su conciencia con millones de toneladas de remordimientos monstruosos.

Las desgracias que habrá causado la lectura de su oda, deben ser muchas y terribles. Por indignacion los unos, á puro reir los otros, indudablemente hay á estas horas gran número de lectores preparándose á liar el petate.

Es V. hombre tan peligroso para la tranquilidad de este país si sigue disparando versos, que para bien de todos preferiria verle dispa-

rando el trabuco por esas montañas; ¿qué el trabuco? un cañon.

Afortunadamente, su exagerada modestia le impedirá siempre reconocer la fuerza dinámica de que dispone, pues de lo contrario cambiaria usted ministerios é instituciones cómo y cuando se le antojase. La nitro-glicerina es sustancia inofensiva comparada con una oda suya.

En sus manos, pues, señor Santa Lucía, están el porvenir y la vida de esta desventurada nacion. Sea V. pio, sea V. humano, piense en los huérfanos y las viudas que su pluma va á hacer, y retírese á la vida privada, en union de su ama, su sobrina, ó quien tenga al lado.

No más saña, no más crueldad, no más odas. Piedad, caridad, compasion. Se lo suplico á usted de rodillas, en nombre de todos los que hablan el castellano, y que pudieran, por lo tanto, entender á medias lo que V. escribe; dándole á usted las más expresivas gracias por haber empleado un lenguaje tan antigramatical y tan burdo, que pocos lo han entendido, con lo cual ha evitado que la catástrofe fuese general.

Gracia, Santa Lucía, gracia, y así Dios lo libre á V. de que las gentes den en sospechar de su buen juicio, como niegan ya su mérito literario. Amen.

QUE SE BUSQUE AL CURA

Señoras y caballeros: No hay que admirarse tanto de que una parte del pueblo madrileño, dando hermosa muestra de estupidez supina, se reuna todas las noches en las Vistillas para ver el paso de una porcion de vecinos del cielo que salen de paseo á hora determinada.

El absurdo engendra lógicamente el absurdo, y como desde que nacieron les enseñaron mil cuentos y patrañas sobrenaturales, nada más natural que admitan sin reserva el primer prodigio que á cualquiera se le ocurra inventar.

El pueblo á quien se le dice, se le enseña y se le obliga á creer que Elías subió al cielo en un carro de fuego, que la burra de Balaam habló, que Dios se apareció en una zarza ardiendo, que los ángeles estuvieron á punto de perder su honor en Sodoma, que Santiago bajó á caballo del cielo para matar moros en Clavijo, subiéndose despues, y tantos otros millares de majaderias, ese pueblo está disculpado de todo lo que haga, por necio y extraño que sea.

¿Qué razon hay para reirse de la caravana celestial á que aludo, y no hacer lo mismo con tanta y tanta milagrosa aparicion como la iglesia nos manda creer, perturbando así los cerebros de los ignorantes?

¿Qué derecho hay para burlarse de los que acuden á las Vistillas creyendo de buena fé que van á ver en el cielo esas figuras, si se admiten como ciertas las visiones de los Santos bajo el testimonio de su honrada palabra?

Mas descartado ya este punto por suficientemente explicado, lo que debe hacerse es buscar el origen de esa aparicion que nadie ha visto; inquirir dónde está el cura que la ha inventado.

Porque tiene que haber sido un cura indudablemente, si hemos de atender á la máxima jurídica que manda buscar los autores de un crimen entre aquellos á quienes favorece. El asustar á las gentes con amenazas celestiales, á nadie le conviene más que á la tropa clerical, por aquello de que el miedo es uno de los auxiliares más poderosos para llenar la gabeta del cura; sabia opinion que veríamos confirmada, si pudiéramos saber el número de misas, respuestas y sufragios de todas clases que en estos dias les han encargado las almas pusilánimes.

La desgracia para los que viven con estos *martingalas* está, en que por cada católico que se trague paparruchas como la de las Vistillas, hay *mil* que acuden por divertirse, y leen con gran fruicion artículos como el siguiente, publicado en *El Liberal* por Mariano Cavia, burlándose con donosura, pocas veces igualada, de los unos y de los otros.

CORRIDA EXTRAORDINARIA

VISTA ORDENAR DESDE LAS VISTILLAS

Anteanoche, (19 de Junio) á fin de reconciliarme con la corte celestial, y de poder asistir á la corrida de Beneficencia limpio de culpa y pecado—y aun de polvo dinástico y paja fusionista,—me fui á las Vistillas, que han resultado ser, como si dijéramos, los tendidos de sombra del redondel místico.

Y allá llegué, en compañía de otros devotos que entonaban, al compás de guitarras y bandurrias, el pasa-calle de actualidad, ó si se quiere, himno religioso, cuyas principales estrofas dicen así:

¡Vamos á las Vistillas
á ver la procesion,
y al cerdo,
al cerdo,
al cerdo,
al cerdo de San Anton!

¡Vamos á ver los Santos
y á Dios Nuestro Señor,
¡cuidao,
cuidao,
cuidao,
cuidao con el reloj!

No sé si los aficionados que llenaban las localidades, sin apartar la vista de la Montaña del Príncipe Pio—la puerta, como quien dice, del toril celestial—contemplarian el espectáculo que yo contemplé; pero respondo de la autenticidad de todo lo que ocurrió anteanoche en el empuje, porque ¡yo lo vi!

Figúrense ustedes que tambien en la divina Sion se daba corrida de toros.

La plaza, áun vista desde las Vistillas, ofrecia deslumbrador y maravilloso aspecto. Llenaban el circo todos los santos y santas de la corte celestial, amén de algunos bienaventurados de la clase de tropa, conocidos acá en la tierra por su devocion taurina.

Como se trataba de una funcion de aficionados, la presidencia se encomendó á la nata y flor del bello sexo; ¡á la propia Virgen del Carmen!

Asesoraba á la presidencia el Sr. Francisco Montes, de quien consta que antes de entrar en la gloria tomó la alternativa de manos del arcangel Miguel, segun reza un soneto que, á poco de haber muerto el gran torero español, le dedicó el famoso D. Serafin Estébanez Calderon, con el son y gentileza que aquí se muestran:

LUZBEL Y MONTES

Trocándose Luzbel en negro toro,
Con asta y traza fiera cerrar quiso
La puerta celestial del Paraíso
Al noble atleta cuya ausencia lloro.
El campeón wiguel, su estoque de oro
Con su manto le ofrece de azul viso,
Los toma al punto, airoso mide el piso
Y cita al monstruo con tropel sonoro.
¡Bufo y ruge, le acomete y cierra
Mas al trazo burlado, grata historia,
Truncado el cuello al golpe atroz se atierra.
El cielo en coro aplaude la victoria,
Vomita el dragon fuego y muerde tierra
Y Montes triunfa entrándose en la gloria.

Ocupaban el palco régio San Hermenegildo, rey de España; San Fernando, rey de Castilla y Leon; San Luis, rey de Francia; San Eduardo, rey de Inglaterra, y otros monarcas que á la diadema real han unido la de la gloria... Por cierto que llegaron empezada la funcion. El público obsequio con una silba á SS. MM.

En las delanteras de grada lucian su hermosura y Injo Maria Magdalena y Maria Egipcíaca, vestidas—previa especial licencia—con sus trajes de antes de la conversion.

San Camilo de Lelis y San Franco de Sena, recordando su vida de calaveras, obsequiaban á sendos tropeles de amigos con manzanilla, jerez, champagne, emparedados, langostinos y fiambres.

San Paulino de Nola, inventor de las campanas, agitaba el famoso cencerro del *Chironi*.

Las once mil vírgenes fraternizaban en los tendidos con los innumerables mártires de Zaragoza... Estos,—segun parece,—mostrábanse muy irritados, por no haberse encomendado la presidencia de la plaza á la Virgen del Pilar.

Hecha la señal para el desfile, aparecieron las cuadrillas, capitaneadas por los tres arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

Figuraban como banderilleros los doce Apóstoles; como sobresaliente San Pablo, y como picadores de tanda Santiago y San Jorge, ginetes los dos en fogosos caballos blancos.

San Pedro, en clase de *Buñolero*, descorrió el cerrojo del porton, y rompió plaza el toro de San Lucas.

Despues de haberle parado los pies San Miguel con el pañuelo de la Verónica, fué picado y banderilleado en toda regla, muriendo á manos del primer espada de un volapié hasta la mano, entrando y saliendo á toda ley. Palmas y tabacos.

En el intermedio se promovió un gran escándalo junto á la meseta del toril. El promovedor del desorden, que resultó ser San Benito de Palermo, fué conducido á la prevencion.

En segundo lugar, se lidió el toro que asistió en el establo de Belem al nacimiento de Jesus.

San Martin le lanceó de capa, y San Cristóbal le dió el salto de la garrocha. La res no dió juego. Tomó el olivo varias veces, dando un gran susto á San José, jefe de los carpinteros.

Por fin, hubo que echar perros al bicho, encargándose de sujetarle el perro de San Roque y el perro *Paco*, que en clase de mártir taurino, disfruta tambien de la bienaventuranza.

Durante esta parte de la lidia, fué sorprendido San Dimas el buen Ladrón, quitándole á un amigo el portamonedas.

El tercer toro llamó la atencion al presentarse en el ruedo, por su hermosa lámina y gran corpulencia; pero los innumerables mártires de Zaragoza, que estaban resueltos á no dejar pasar ningun abuso, empezaron á gritar:

—¡Otra, qué redios! ¡Si es un güey! ¡Al corral, al corral!

Efectivamente, era uno de los dos buyes de San Isidro Labrador, que á falta de otros cornúpetos celestes, habia dicho:

—Ahí están el *Colorado* y el *Lucero*. Si con los riquísimos pastos que aquí gozan, no se han vuelto bravos, consiento en divorciarme de Santa María de la Cabeza.

El tumulto en la plaza fué espantoso. Cayeron á la arena naranjas, botellas, panecillos, garrotes, banquetas, nimbos de oro de los que llevan los santos, y aureolas luminosas de las que usan las santas...

Y como no habia más toros en los chiqueros, la presidencia apeló á la buena voluntad de los bienaventurados que poseen animales útiles para la lidia. San Marcos, ofreció el león; Santa Genoveva, el ciervo; la Divina Pastora, un borrego; y San Anton, el marrano...

¡Bichos todos ellos á la altura de muchos que se torean en la plaza de Madrid!

Por fin, salió al redondel la burra de Balaam.

Aquí empezó ya á enturbiarse y desvanecerse la celica vision. Poco á poco se dispó el aéreo y paradisiaco espectáculo... Torné de nuevo á la realidad; me encontré otra vez en las Vistillas, y conmovido aun por el celestial prodigio hasta las últimas honduras de mi ser, caí de hinojos, gritando:

—¡Confesion! ¡Confesion!

No la obtuve—¡ay de mí!—porque ninguno de los circunstantes conocía el domicilio del presbítero señor Santa Lucía y Amaya, autor de la oda á Mazzanini.

FLOR APARTE

Tiempo hacia que no me ocupaba de tí, hermoso Dámaso (alias *Gazpachon*), chupalámparas de Villa del Campo. Si por esto pensaste que te habia olvidado, júrote, por las almas que sacas del purgatorio por monedas, ó las envías al infierno con mucha frescura si no recibes ninguna, que siempre te tuve muy presente en las cortas oraciones que hago con frecuencia pidiendo al Altísimo que traiga á buen camino á los presbíteros que, como tú, se extravían por los senderos tenebrosos del error y del pecado.

He sabido además punto por punto todas tus hazañas, aunque nada te haya dicho, como voy aquí á probártelo:

¿Quién te aconsejó, infeliz, que entraras en la tienda del barbero Patricio, y rasgaras con iracunda mano los dulces y piadosos MOTINES que allí se ostentaban en las paredes, y que circulan por todas partes para edificación de la clase á que perteneces? ¿Con qué derecho te metiste á romper é inutilizar lo que no era tuyo? ¿Me quieres decir en que versículo del evangelio de Mateo, de Marcos, de Lucas ó de Juan, se halla recomendada semejante atrocidad? Confiesa, amigo mío, confiesa tu culpa, y no tengas reparo alguno en manifestar que eres muy bruto.

Aunque bien mirado, no hay que extrañar que hagas ciertas cosas, pues debes tener la cabeza mareada con las infinitas atenciones que pesan sobre tí. La misa, el breviario y las distracciones místico-amorosas, deben algunas veces producirte malos ratos y enjendrar en tí biliosos humores. Porque, ¡ay! tú eres hombre como los demás, y no estás exento de ciertas debilidades que trastornan la cabeza al más flemático y cachazudo.

Y si no, que lo diga la gnapa moza que frecuenta esa tu casa parroquial. ¡Buena persona! Aunque corto de vista, no tienes mal gusto del todo, pues si bien ella parece un poco seria por la calle, á solas contigo supongo que será de otra manera. ¡Y que está en una edad!... Por eso me parece bien que te sacrifiques hasta el extremo de someterte á comer patatas sin aceite si sus lindas manos te las preparan.

Los vecinos de ese pueblo publican por todas partes, que Eusebio, Guillermo y otros muchos garridos pretendientes y rondadores de esa moza la han dejado, convencidos de que no pueden competir contigo en apostura y salerosas prendas; ¡si serás barbian! Mas yo no creo en esos chismes, ni en los que te han traído y llevado en los trigos, en la fuente y el arroyo, sobre si enseñas oraciones piadosas con demasiada frecuencia á una vecina tuya; sobre si la arreglas solícito los pañuelos y te entretienes en dictarle reglas de economía doméstica tan necesarias á toda buena casada.

No, no lo puedo creer. Mas mirándolo bien... ¿quién sabe? Ella es blanca, frescachona, de ancho pecho y caderas redondas... Vamos, vamos, no será verdad, mas yo no pondría las manos en la lumbre, y eso que todo el mundo conoce y admira tus honestos propósitos.

A otra cosa. ¿Por qué no quieres que Roque observe una de las obras de misericordia, siendo enterrador? ¿Qué misterio hay aquí? No tengas reparo en confiarme el secreto, que yo lo reservaré á todo trance, publicándolo solamente en el *Manojo de flores místicas*, tan ansiosamente olfateado por todos los curas zotes.

¿Y qué me dices del matrimonio civil que se trata de celebrar en ese pueblo? A mis oídos ha llegado la noticia que el día de la Ascension te

ocupastes fervorosamente en la iglesia de tan vital y preciado asunto para tí y tus colegas, llegando hasta golpearle con furor el pecho y rebuznar de un modo, que hasta las pobres cigüeñas abandonaron apresuradamente los nidos que ocupaban en la torre.

¡Cuánto sientes los cuartos que se te escapan! Y lo de ménos serian los de ese matrimonio; mas ¡ah! que lo grave, lo serio y lo formidable para tí, es que vas á dejar de percibir muchos, porque se abrirán con ese consternador ejemplo los ojos que están cerrados, y se casarán civilmente las ovejas en adelante, cegándose así el filon de tontos que hasta hoy venian dejándose explotar.

Ahí es donde llaman, hermano *Gazpachon*. Eso es lo que os duele, eso es lo que os escuece, y ahí está el busilis de vuestro farisaico ministerio: los cuartos. Por ellos hay bautizos solemnes, casamientos pomposos y entierros á toda orquesta. ¡Los cuartos, siempre los cuartos! Por ellos, tú y todos los sotanas habeis perdido la chaveta, olvidándoos de aquellas palabras que decís que inspiró Jesus á Mateo el evangelista en el capítulo X, versículo 9: «No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas.» Y á Marcos, en el capítulo VI, versículo 8: «Y les mandó que no llevasen nada para el camino, ni alforja, ni pan, ni dinero en la bolsa, sino solamente un bordon.»

¿No habeis leído eso? ¿No lo habeis visto en lo que llamais Sagradas Escrituras? ¿Pues cómo no lo observais, *lechuzos* míos?

Mas hablemos solamente de tí y de las quejas que contra tu conducta recibo.

Dice con lastimero acento y mucha razon el que en ese pueblo sostiene el casino, que le perjudicas llevando diariamente á tu casa los aficionados al tresillo, á pretexto de que este juego es un recurso precioso para mitigar las penas y consolar á los padres que pierden á sus hijos, como ocurrió al alcalde de esa villa con la niña que hace poco se le desgració.

Hombre, eso ya pasa de la raya, y es necesario que te enmiendes y entres de lleno en el camino de la salvacion, emprendiendo vida nueva, ó vas á llevar muchos disgustos. Macera tus carnes, ayuna de continuo, ora de rodillas hasta que te salgan callos en ellas, y entrega á los pobres el dinero de los bautizos, novenas, sermones, responsos, casamientos y entierros, por que ya ves que Jesucristo dice que no debeis tener oro ni plata en vuestros bolsillos.

¡Ah! ¡Y qué gozo será el mío, y cuán grande mi satisfaccion, cuando sepa que has seguido mis caritativos consejos! Espero que los escucharás sumiso, ejecutándolos obediente, y no me pondrás en el caso de darte otras lecciones, aunque desconfío que puedan aprovecharte.

Por lo mismo no te digo adios, si no hasta luego, pues presumo que has de seguir cometiéndome más barbaridades.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Oye tú, Eulogio, *tragavinajeras* de Morcillo: ¿Quién te ha dicho que puedes vivir con una mujer casada segun los ritos eclesiásticos, y reclamada por su marido?

¿Ya no te bastan las solteras para tu servicio, sino que llevas á tu casa á las que la iglesia romana santifica y que debieran estar con sus esposos?

Buenos estais los curas. ¡Detestais el matrimonio civil porque no llena vuestras sedientas arcas, y despreciais el religioso si alhaga vuestras castas pasiones y virtuosos instintos!

Y ahora, para que veas si yo entiendo de estilo bíblico, voy á lanzar á los de tu clase varios apóstrofes, copiados unos, y arreglados otros del libro santo:

«¡Ay de vosotros, que predicais humildad y os mostrais soberbios; que aconsejais la pobreza y atesarais el oro, vistiéndoos de seda y de brocados!»

«¡Ay de vosotros, que haceis voto de castidad y atropellais todas las leyes, todos los respetos, ultrajando y escarneciendo la moral pública!»

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas que devorais las casas de las viudas, haciendo largas oraciones!»

«¡Guías ciegos que colais el mosquito y os tragais el camello!»

«¡Ay de vosotros, que limpiais lo de fuera del vaso y del plato y por dentro estais llenos de rapiña y de inmundicia!»

«Serpientes, razas de víboras, ¿cómo huireis de la eterna condenacion?»

¿Qué tal? ¿Lo hago bien? Ya lo creo. Como que soy yo un mozo de mucho pesqui.

Y allá va ahora esta *toná*, dirigida á tí exclusivamente, á propósito de esa casada:

«Devuelve, devuelve, impío, esa oveja descarriada á su marido, y no la contamines por más tiempo con tu hálito emponzoñado.»

Deja, deja que doble su pecadora cabeza al amoroso y santo yugo que la santa iglesia ha bendecido y tú has pisoteado, aunque con miras castas.»

¿Te gusta, hijo? Pues adviértote que si no te enmiendas, he de largarte otras filípicas mejores, hasta conseguir que tu obispo se entere y te mande á veranear á las Hurdes.

Ya estás advertido de todo. De tí depende lo demás.

Una abuela lleva á su nieto al convento de monjas del Santísimo en Granada, y pide un escapulario, que le cuelgan ellas al cuello, con la advertencia de que no se lo quiten ni lo abran, pues perderia su virtud.

Al volver á casa y enterarse el padre de que habian dado una peseta por aquel pedazo de trapo, quiso saber lo que contenia, y descosió el escapulario.

Y tropezó con un *San Nueve de copas*, doblado en cuatro partes, única reliquia ó estampa que habia dentro, el cual se apresuró á remitirme, preguntándome qué hacia.

¿Qué? No preocuparse, pues lo mismo da que el escapulario tenga dentro una carta, que una medalla, que una imagen, que un pedazo de pellejo de perro ó que un hueso de gato.

Lo que sí me permito aconsejarle, es que no consienta que cuelguen ninguno otro al cuello de su hijo, pues con el sudor y las emanaciones de la piel, se convertirá en un trapo sucio y mal oliente, que puede ser perjudicial á su salud.

Cuanto al *timo* ¿qué decirle? Son tantos y tan gordos los que da esa gente, que ese resulta casi inocente y digno de aplauso.

Vara y media de estatura, rechoncho y más bruto que un cerrojo por más que se cree un sabio, tal es Casimiro, *clerizonte* de Castaño del Robledo.

Se pirra por los cuartos y se los saca á los fieles que es un gusto; mas como todos los oficios tienen quiebras, le ocurrió poco há un lance cómico al tratar de reunir tres mil reales para armarle un golgorio á Santiago.

Mercó unos pañuelos de seda para rifarlos, y despues de recorrer con las papeletas tiendas, tabernas y otros puntos, citó á los jóvenes del pueblo á su casa.

Los convidó á vino y cigarros, y cuando ya los creía en punto de caramelo, intentó *diñar*le á cada uno papeletas de la rifa por valor de 40 reales, mas ellos escurrieron bonita y salerosamente el bulto.

Escuso decir cómo se pondría el *pater*, y si se le ocurrirían cosas de gracia al hablar despues desde la cátedra de Perico, de la desmoralizacion de la juventud del día.

Todavía le dura el berrinche, y no le arrienda la ganancia á ninguno de los que le bebiéron el vino. Si necesitase alguno de sus inútiles servicios, va á pagarle la jugarreta.

Dos monjas y un caballero llegan á Irun en el ferro-carril el día 30 de Mayo, procedentes de Francia; él continúa su viaje y ellas se van á la poblacion, poniéndose inmediatamente á pedir limosna de casa en casa.

El jefe de policía, que lo advierte, prohíbeles continuar la operacion, y las monjitas contestan que se ven obligadas á hacerlo por haber sido robadas en el camino; arrojando indirectamente este puñado de honra sobre el caballero que viajaba en el mismo compartimiento.

Llévalas el jefe de policía ante el segundo alcalde, un beaton, y éste les da dinero para proseguir su viaje, supongo que de su bolsillo, porque los fondos municipales no deben emplearse en socorrer doncellas (?) menesterosas, que tal vez fuesen compañeras de una que hace pocos dias fué puesta en chirona en Burdeos, por cosas que no me atrevo á relatar.

¿Cuánta caridad tiene con estas mozas la gente que la practica por ganar el cielo, habiendo por todas partes tanto trabajador sin comer y tanta mujer honrada sin amparo!

Cohetes, repique general de campanas, música, y una piara de cucurachas con una enorme y artística cruz de plata con incrustaciones de oro valuada en doscientas mil pesetas (el pan todos los trabajadores de Victoria en un año.)

Tal fué el espectáculo que presencié dicha ciudad la tarde del día 8 del corriente, al volar á la estacion una bandada de *cueruos* á recoger

los restos de no sé que obispo, que murió no sé cuándo ni dónde, y que hizo en vida no sé qué.

Pero no es esto lo más gracioso, sino que delante de la música formada con carcas en estado de canuto, vulgo seminaristas, iba uno que creo era ya cura de verdad, tocando un bombo descomunal, y otro dándole que le darás a los platillos. ¡Valiente par de tarascas!

Lo triste de todo esto, es que obligaran a un piquete del batallón cazadores de las Navas a acompañar a los caraduras sin tener en cuenta que entre aquellos dignos y valerosos militares habría muchos que recordarian en la ceremonia al hermano, al amigo, o al compañero, sacrificado por los miserables con quienes simpatizan y a quienes ayuda el bando clerical.

Lo primero que hizo el cura de Montesclaros al apearse en la casa del de Velada, fué decir que no faltara el mostagan despues de la procesion. ¡Si le gustará al amigo!

El sermón que pronunció, pues a eso había ido, fué de lo más divino en su clase. Júzguese por la muestra:

«¿Que queréis que os diga, si hasta los niños lo saben, que Adán y Eva cometieron el pecado original, y por eso Dios nos castiga con morir nuestros padres, nuestras mujeres, (¿qué? ¿qué es eso?) y nuestros hijos. ¡zambomba! ¡y será verdad!»

Nos manda plaga de langosta, carocha y pulgon. (Ahí le duele.)

¡Y los trabajos que pasó la Virgen en los nueve meses que tuvo a su hijo en el vientre, para que luego le dieran 6.666 azotes hasta que le hicieron sudar sangre por la cara y subió al cielo por una escalera y en cada peldaño había una navaja y se pinchaba los pies!»

Y otras brutalidades por el estilo, hasta que lo llamaron y bajó con más prisa que si le esperara en la sacristía un buen vaso de lo tinto.

Ha producido tal efecto en Velada su oratoria, que hasta los chiquillos cantan por la calle:

El cura de Montesclaros
en Velada predicó
el sermón de la langosta,
la carocha y el pulgon.

Estas son las consecuencias de ordenar a ciertos adoquines.

Un matrimonio era muy amigo del cura de Valverdeja y su esposa mística; convidáronlo estos a cenar un día, y olvidándose el hombre negro de que estaba en su casa, trató de manera inconveniente a la señora, a propósito de un hijo que se le había muerto.

La insultada, suponiendo que lo sabía por la presbítera, dijo que no se podía ir a aquella casa, porque la tal tenía los diablos en el cuerpo.

El cura, entre indignado y guason, dijo que él se los sacaría (lo cual creo), la otra replicó, y se lió la culebra de un modo espantoso.

Y a todo esto el santo varón del marido callado como un muerto, como si no le fuera ni le viniera en el asunto.

¡Qué carácter tan raro revisten todas las cuestiones en que intervienen los cucarachas!

¡Desagradecidos, más que desagradecidos! ¿Por qué no me invitasteis a la juerga que tuvisteis el día de San Antonio? Hubierais visto que yo soy capaz de acompañaros, aun cuando no os pueda seguir en el beber.

A vosotros me refiero, curanfibios barbianes de Talavera, Felipe (a) Frascuelo, y Lucianito (a) Mazzantini; y al amigo Antonio y a su ama de gobierno. Buenos os pondría, picarillos, sin acordaros de este vuestro desgraciado moralizador, que acaso a aquella hora estaría con la pluma en la mano procurando traeros al buen camino.

Pero este es el mundo. Mientras los curas gozan, las personas rabiamos.

Entre ocho y nueve de la mañana del 16 de Junio, hallábase un joven montado en una jaca en la calle de Recoletos, esquina al paseo de idem, a tiempo que una manada de veinte frailes cruzaba por allí.

Y porque en aquel instante arreó su cabalgadura como acostumbra, diciendo ¡jaca! ¡jaca! ¡jaca! ¡jaca! llegó a él el ciudadano orden público número 417 y le increpó duramente por creer que aludía a aquellos tíos.

Error manifesto, pues si hubiera querido aludir a los frailes, hubiera dicho ¡guarros! ¡jé! ¡guarros!

Esto no obstante, recomiendo que se estampe en la filiación de ese guardia tan notable y valeroso servicio, para que le sirva de recomendación en su carrera.

Bien te despachaste contra EL MOTIN el día de San Antonio, jesuita Castro, en el sermón que pronunciaste en Talavera; y no solo contra él, sino también contra el valiente corresponsal que tiene en esa y contra todos los que lo leen.

Lo que tiene que tanto estos, como Granados, como nosotros, nos reímos de ti y de todos los acemilas que hacen lo que tú, y avanzamos inperterritos por nuestro camino, en la seguridad de que al término de él están vuestro desprestigio y vuestra fuga de este país que estais explotando, fanatizando, y deshonrando.

Con que rebuzna cuanto quieras, hermoso, que al freir será el reír.

Los fraílucos descalzados de Avila querian apropiarse el edificio destinado a Instituto provincial.

Como no podian conseguirlo, acudieron a varias señoras de esta corte que parecen agentes de todos estos timos, y hoy están a punto de lograr su objeto, del modo siguiente:

Han adquirido un caseron en 5.000 duros y logrado que este gobierno de liberales carlistas ordene a la Diputación de Avila que ceda a los tíos esos el Instituto a cambio de aquel.

Buena ocasion se les presenta a los diputados provinciales de Avila para demostrar que son liberales y dignos, no admitiendo las imposiciones del gobierno. ¿A que no la aprovechan?

PALOS Y PEDRADAS

Don Eusebio Aguilera y D. Agustín Nakens, Síndicos del gremio de periódicos políticos semanales de esta población.

HACEMOS SABER:

Que verificada la clasificación y reparto de las cuotas que han de satisfacer en el año económico de 1886 a 87 los industriales de dicho gremio, el día 26 del actual a las diez de la mañana se celebrará la junta en la Administración de EL MOTIN, San Bernardo 94, 1.º derecha, para el examen del reparto y juicio de agravios. Madrid 24 de Junio de 1886. Eusebio Aguilera. —Agustín Nakens.

Por lo mismo que atacamos todo aquello que creemos digno de censura, tenemos el deber de elogiar las acciones que lo merezcan.

Una de estas es la ejecutada recientemente por el cabo de la Guardia civil, Pedro Gomez Mora, comandante del puesto de Villacañas, de que se ha ocupado toda la prensa.

En la tarde del 16 del corriente, tuvo noticia de que los cinco criminales presos en la cárcel de Alcázar de San Juan como autores de los asesinatos y robos cometidos poco há en Pedro Muñoz, trataban de repetir ahora sus hazañas con el alcaide de la cárcel y demás empleados, teniendo al efecto dos revólvers ocultos entre los jergones de sus camas, gran cantidad de municiones y hasta caballos aguardándolos para huir a los montes de Toledo.

Sin perder tiempo se presentó el cabo Gomez Mora en Alcázar y comunicó al jefe de aquel puesto lo que ocurría, y despues, autorizado competentemente, procedió a un escrupuloso reconocimiento, que confirmó la certeza de sus noticias en todas sus partes. Luego, con la sagacidad y buen tino de que tiene dadas tantas pruebas, logró que los criminales confesaran todos sus proyectos.

De buena ha librado a los habitantes de la Mancha el activo y enérgico cabo Gomez Mora, pues no hay para qué decir los crímenes que se hubieran lanzado a cometer esos cinco bandidos en libertad, hallándose condenados a muerte y contando el que más 25 años de edad.

Estos, estos servicios son los que debe prestar la Guardia civil, y no los de ir con el arma terciada por las calles acompañando fraílucos que acaso debería llevar a la cárcel si adquiriera antecedentes sobre su vida pasada.

Nuestra enhorabuena al cabo comandante del puesto de Villacañas.

Recomendamos a nuestros lectores el gran balneario higiénico-médico con hidroterapia, aeroterapia y gimnasio, establecido en la calle de Velazquez, esquina a la de Goya, con el título de Baños Arabes, y que dirige su propietario, el conocido e ilustrado Dr. D. José Díaz Benito.

En este establecimiento, que por su construcción espaciosa y elegante es el mejor que hay en Madrid, se pueden tomar toda clase de baños, desde los de placer hasta los medicinales de todas clases; y así lo reconoce el público prefiriéndolo a todos los demás.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—¿Debe de permitirse al presbítero Sacristan, condenado a 14 años de presidio por delito de sodomia, celebrar misa en la de la Cárcel-modelo? —No.

—¿Puede haber algo más indigno que creer que Dios baje a las asquerosas manos de un presidiario así, por sólo el hecho de quitarse la ropa del criminal y plantarse la del cura? —No.

—¿Por qué, entonces, se le permite continuar diciendo misa? —Porque la cosa no tiene maldita la importancia.

Tetuan.—¿Ha visto V. un papelucho de Orihuela que echa pestes contra su periódico, y el cual reparten a los trabajadores los jesuitas de Chamartin?

—Si lo he visto, porque me han enviado bastantes ejemplares; pero he hecho con ellos lo que se expresa en la siguiente redondilla de mi querido amigo Casos, dirigida a un periodista que habia escrito un artículo contra él:

El nécio escrito insultante
que dedicado me has,
ahora lo tengo delante,
pronto lo tendré detrás.

Talavera.—¿Sabe V. si una joven, hija de viuda, ha sido inducida por los jesuitas a dejar su casa, permaneciendo dos ó tres días en el convento de los tales, y siendo sacada de él por la autoridad?

—Algo he oído, pero sin datos bastantes para poder afirmarlo. Declaro, sin embargo, que el hecho es usual y corriente entre esa gentuza.

Valdetorres (Badajoz).—¿Qué hacemos con este clerisno que lanza rebuznos contra EL MOTIN?

—Como no han de llegar al cielo, dejarlo, estar a la mira, y en cuanto se deslice, acá con la noticia, para ponerlo como él probablemente habrá puesto a muchas feligresas.

Talavera.—¿Ocurre algo de particular en el callejón de las Tres Cruces, porque corre un run run?...

—No se nada; mas con esta fecha pido informes a una persona de toda mi confianza, y referiré lo que me diga.

CORRESPONDENCIA MÍSTICO-PROFANA

Campo de Elche. R. L.—Recibí su carta y publicaría con mucho gusto la fechoría clerical a que se refiere, si no recordara que hace bastante tiempo lo hice, y hasta creo que relatada por V. Me cercioraré cuando tenga tiempo. Por lo demás, tendré siempre mucho gusto en complacer a persona tan respetable como V. y que tantos y tan grandes sacrificios ha hecho por la libertad.

LIBROS NUEVOS

DIOS ANTE EL SENTIDO COMUN

Acaba de ponerse a la venta esta importantísima obra al precio de dos pesetas en toda España.

LIBROS EN VENTA

EL JUDIO ERRANTE, célebre obra de Eugenio Sue. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (cuarta edición), por José Nakens.—Precio: 2 pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: Una peseta.

COMENTARIOS A LA BIBLIA (EL CITADOR), escrito en francés por Pigault-Lebrun. Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Una peseta.

AGICATE DE LA ALEGRIA Colección de cuentos, epigramas y farsas ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

AQUELLOS TIEMPOS por D. Miguel Morayta, catedrático de la Universidad Central. Obra excomulgada. Dos pesetas.

ANUNCIO

ANUARIO DEL COMERCIO

DE LA INDUSTRIA, DE LA MAGISTRATURA Y DE LA ADMINISTRACION ó Directorio de las 400.000 señas DE ESPAÑA, ULTRAMAR, ESTADOS HISPANO-AMERICANOS Y PORTUGAL

BAILLY-BAILLIERE

Con anuncios y referencias al Comercio e Industria Nacional y Extranjera.

1886

Un tomo encartonado en tela de más de 2.500 páginas.

Precio en España: 20 pesetas.

Obra útil e indispensable para todos.—Evita pérdida de tiempo.—Tesoro para la propaganda comercial e industrial.—Este libro debe estar siempre en el bufete de toda persona por insignificantes que sean sus negocios.

Se vende en la Administración librería de D. Carlos BAILLY-BAILLIERE, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid. Para anuncios y suscripciones dirigirse a la citada Administración, ó a su representante D. Antonio Esnaola, plaza del Angel, núm. 18.

MADRID.—Imp. de E. Saco y Brey, Divino Pastor, 12.